



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 3.º—NÚMERO 7.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Febrero de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Estudios morales: El baile, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El viejo y el niño**, poesía, por don Miguel Gutierrez.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Flores que caen**, poesía, por don José Augusto Muñoz.—**¡Ladron!** por don A. Ruano.—**Variedades.**

ESTUDIOS MORALES.

I.

EL BAILE.

Aunque no pertenecemos á la clase de rigurosos y severos moralistas, que condenan toda clase de diversiones, vamos, sin embargo, á hablar de algunas de ellas, que no por ser mas comunes y admitidas, dejan de ser las mas nocivas.

Estamos seguros de que al leer estas primeras frases, y al ver el epígrafe de nuestro artículo, algunos nos calificarán de demasiado exigentes ó de injustos, al adivinar la censura que sobre los bailes vamos á estampar.

Pero tal vez tambien, al terminar estas hu-

mildes páginas, modificarán su juicio, pues cuando la opinion se apoya en razones, difícilmente deja de convencer ó persuadir.

Empecemos, pues, el análisis del baile, desde que la mujer, retirada en su tocador se dispone para asistir á él.

Supongamos, para mejor fijar nuestras ideas, que esa mujer pertenece á la clase media, la mas numerosa, y á la que por consiguiente nos dirigimos con preferencia.

¿Qué significan las gasas, las blondas y las primorosas flores esparcidas en derredor? ¡ay! significan enormes gastos inútiles y superfluos; representan las gotas de sudor y las horas de insomnio, de un esposo complaciente en demasía, de un padre excesivamente bueno.

Para qué están allí? para qué van á servir?

Están allí para favorecer la vanidad, para halagar el amor propio: para despertar el orgullo: servirán para exitar la envidia de las mujeres, la adulacion de los hombres, y en unas y otros la murmuracion, la calumnia, los malos pensamientos, las culpables ideas, todas esas mil pasiones que manchan el alma y fatigan el espíritu con su abrasador y funesto aliento.

Seguid á mi lado algunos instantes, veamos

cómo se adorna esa mujer, esa, casi niña.

Miradla con los brazos y la espalda y el seno descubiertos; ¡ay! y su frente virginal no se enciende de rubor, ni sus mejillas se tinen de púrpura al mirarse así ante su espejo, y al pensar sobre todo que cien y cien miradas van á contemplarla medio desnuda entre la confusion y el bullicio del baile!

Esta es la moda, se nos dirá, estas son las prescripciones de la elegancia y del buen tono! Oh! moda fatal, maldita costumbre la que intenta arrebatár el pudor á la mujer, y la que arrancándola su modestia, la priva de las dos flores mas santas y mas perfumadas que Dios colocó sobre sus blancas sienes.

¡Moda fatal, maldita costumbre la que tolera y aplaude en público, lo que toda mujer honrada se avergonzaria de permitir en el oculto santuario de su morada!

Y sinó decidme: si una de vuestras doncellas, si una de vuestras criadas se presentase con los hombros y el pecho desnudo en la misma forma que una gran señora se presenta en un espléndido salon, si apareciera así, repito, en vuestra propia casa, y á la vista de vuestros hijos y de vuestros maridos, á prestar cualquiera de los servicios que su obligacion le impone; ¿qué pensaríais de ella? ¿qué efecto os causaria?

Oh! yo estoy segura que una exclamacion de sorpresa y enojo se escaparia de vuestros lábios: yo estoy segura que os indignaríais contra la que así hacia alarde de desvergüenza y de impudencia, y de que la arrojaríais de vuestro lado ofendidas en vuestro decoro, alarmadas en vuestro recato, y celosas por vuestro nombre de mujeres dignas y honradas.

Sí; yo estoy segura de ello, y todas las que me escuchais, todas las que leéis estas sencillas páginas lo estais tambien como yo.

¿Por qué, pues, os pregunto ahora, por qué pues, hemos de permitir á nuestras hijas y nos hemos de permitir á nosotras mismas aquello que nos causaria rubor y escándalo, visto en una pobre mujer, no colocada por Dios como nosotras en una esfera mas elevada, no obligada, como lo está toda madre de familia, á enseñar y dar ejemplo? ¿Por qué, pues, lo que seria culpable, y malo en el fondo de nuestro hogar, es aceptable y bueno en presencia del mundo entero? Dadme una explicacion lógica, dadme una razon que me convenza, y entonces mi boca enmudecerá, y os juro que no clamaré contra esa moda culpable!

Pero no creais que consiste tan solo en lo impúdico del traje, la parte nociva y perjudicial

de los bailes, no: esa es una no mas de las causas porque yo lo repruebo.

Lo que le hace mas punible á mis ojos es esa libertad con que una niña inocente se apoya en el brazo de un desconocido: con que el corazon immaculado de una adolescente late cerca de un corazon corrompido quizá, quizá deprecado; es la facilidad con que en unos oidos castos y puros, pueden sonar frases llenas de halagos, pero de mortal y terrible veneno, que manchen la casta pureza de un alma, que turben la dulce paz de un espíritu candoroso. Porque para ser admitido en un sarao, para que se le permita acercarse á las jóvenes bien nacidas, no se preguntan á un hombre sus antecedentes morales, ni su opinion, ni sus creencias: basta con su frac, éste cortado á la última moda, y con que sea irreprochable la blancura de su guante.

En un baile, la madre mas celosa esta separada de su hija á la distancia suficiente para que un libertino pueda derramar en su corazon la semilla emponzoñada de la seduccion y la locura; pueda ajar, si no marchitar enteramente, la delicada flor de la inocencia de su alma.

Además, ese santo recato, ese instintivo y bendito candor que adornan á la juventud, pierde mucho de su divina aureola, entre las armonias y el esplendor y los aromas de una fiesta.

En un paseo, en una reunion digna y respetable seria un atentado contra la decencia y la moral, que un hombre rodease con su brazo el talle de una mujer, ó que rozase su frente con el aliento de sus lábios.

Oh! la que tal hiciera veria caer, y con sobrada justicia, el anatema del mundo sobre su nombre. Y sin embargo, todo esto sucede en el baile, y el mundo aplaude y encomia y admira.

Y ¿por qué es esto? ¿qué causa hay para ello? cómo se explica?

Nosotros no lo sabemos no podemos darle una razonada solucion.

En cuanto á los bailes de máscaras, aunque la razon los va relegando al olvido, aunque la sociedad sensata los ha dejado pasar al dominio de las personas para quien nosotros no escribimos, diremos, sin embargo, que á los anteriores inconvenientes, reunen el de la mas repugnante licencia el de los atrevimientos mas incalculables.

Groseros insultos, palabras inconvenientes, bromas de mal género, todo esto ampara y cobija el antifaz, ocultando un rostro que descubierta acaso, se enrojeceria de vergüenza al escuchar las palabras que habian brotado de sus propios lábios.

Los bailes de máscaras á mas de ser un espectáculo en que el delirio, y la locura se reúnen para ofender á la moral, son una reproduccion de las costumbres paganas que ofenden y manchan á un siglo católico.

Los paganos celebran la fiesta de Venús disfrazándose los hombres con el vestido de las mujeres, y la de Marte tomando las mujeres el traje de los hombres.

La iglesia tambien ha condenado esta clase de disfraces, en uno de los capítulos del libro sagrado, inspirado por Dios, de la Santa Biblia, en el Deuteronomio, capítulo 22, y esto acaba de hacerlas inadmisibles á nuestros ojos.

Pero volvamos á las consecuencias materiales del baile, porque en nuestra epoca material y positivista, es preciso para llevar el convencimiento á aquellos que nos escuchan, hablarles con la seguridad, de la razon y con la fuerza de la lógica.

Preguntad á toda mujer qué experimenta en su corazon al dia siguiente de un baile; preguntadle qué encuentra en torno.

Fatiga física, y fatiga moral, cansancio en el cuerpo y cansancio en el espíritu! flores marchitas, galas ajadas, perfumes evaporados!

¿Qué dejan, ¡ay! que dejan las horas de un baile en pos de sí?

La desolacion de un corazon acaso, que perdió allí su venturosa paz para siempre; la desgracia quizá de una familia á quien los celos ó la primera duda desunieran: la tumba tal vez de mil ilusiones, la ruina de un hogar; la pérdida de un bienestar, muchas lágrimas, muchos dueños á veces!

El valor de los diamantes ó de las cintas que se lucieran en aquellos espléndidos salones, solo se cuenta pasado el momento de la embriaguez, y el vértigo de la fiesta. El precio de las galas anheladas en un instante de alucinacion solo se avalora al dia siguiente de ostentarlas!

Cuántas penas entonces quizá; cuántas privaciones, cuántos esfuerzos para solventar las deudas, para cubrir los gastos producidos por una noche de baile!

Algunas madres alucinadas, engañadas sin duda por el espíritu de nuestro siglo, quieren transformar en un deber sus propios deseos, para transijir de algun modo con su conciencia turbada, y alegan el afan de asegurar á sus hijas un porvenir para justificar de algun modo su asistencia á esos saraos de buen tono.

¡Ay! qué vano y qué infundado es este pretesto.

El porvenir de una jóven no puede nunca, ni en manera alguna, hallarse en esos brillantes

círculos, en esos centros del lujo, de la desenvoltura, del desenfreno.

El hombre no busca jamás á la que ha de ser compañera de su vida, depositaria de su honor, y madre de sus hijos, entre las rápidas vueltas de un wals, ó entre las movibles figuras de una polka íntima; el hombre busca algo mas que un rostro bello y un aspecto elegante para dar y pedir la felicidad de una existencia, busca la modestia, la pureza, el recato, la virtud; busca la humilde violeta y no la fugaz y vistosa amapola.

Y si hubiese un ser tan superficial que pensase de otro modo, ¡desgraciada la mujer que le confiara su suerte, porque nada estable, nada digno, nada grande podia esperarse de quien buscasse su ventura en los falsos brillos de la mentida apariencia, y no en las altas y nobles cualidades del alma!

Apartemos, pues, á nuestras inocentes y tiernas hijas del torbellino y el delirio del baile.

Que su aspecto deslumbrador no empañe la luz de su mirada, que su perfumado y embriagador ambiente no roce sus castísimas frentes.

Ellas son las flores que embalsaman nuestro hogar: no las esponjamos á marchitarse en esa atmósfera abrasadora.

Este es el deber de toda madre católica, este es el deber de toda mujer digna y honrada.

Cumplámosle nosotras, cumplámosle sin vacilar, que si nos priva de algunos placeres fugaces y pasajeros, nos proporcionará en cambio el santo y legítimo goce de una conciencia tranquila.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL VIEJO Y EL NIÑO.

Dos polos opuestos son,
uno el viejo y otro el niño:
el niño inspira cariño
y el viejo veneracion.

El niño aurora del dia,
el anciano tarde oscura:
éste, cáliz de amargura,
aquél, vaso de alegría.

En uno la sangre arde,
váse en el otro apagando:
sol el zénit alumbrando,
pálido sol de la tarde.

Violeta que rompe el broche
ante la luz matutina;

árbol que al polvo se inclina
al acercarse la noche.

Puro, cándido rocío
que sobre los campos llueve:
bruma vaporosa, leve;
que se levantan del río.

De sus destinos en pos
ván con su distinto nombre:
el niño se acerca al hombre:
el viejo se acerca á Dios.

¿Quién más dichoso será?
¿Quién más esperanzas tiene,
el niño, que al mundo viene,
ó el viejo que de él se vá?

Arcano en verdad profundo
es de entre ambos el destino:
el anciano al mundo vino
como el niño viene al mundo.

Jugó, creció; jóven fué;
más que dichas vió dolores;
tras los pasados albores
hoy su turbio ocaso vé.

Pasó breve su existencia,
y cual fruto de los años
recogió los desengaños
al alcanzar la experiencia.

¡Esa es la historia comun!
ese es el comun destino
del que empieza su camino
y del que camina aún.

Nuestro porvenir tremendo
todos miramos temblando:
el hombre nace llorando:
el hombre muere gimiendo.

Viejo y niño, van los dos
á un porvenir ignorado....
Dios, que á los dos ha criado,
sabe su fin.... ¡sólo Dios!

Miguel Gutierrez.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á María.

La situacion en que te has colocado me extremece, querida María, y tiemblo por tí, al verte aceptar el papel de guía y de luz de ese triste esposo.

Tú, hermana mia, toda rectitud, toda lealtad, toda pureza y virtud, no sabes á lo que te expone el nuevo papel que has adoptado.

Crees que te será fácil con solo el prestigio de tu palabra, unir esos dos corazones que Dios ha formado de tan distinta manera? ¿crees que te será fácil destruir, lo que tú juzgas quizá una calumnia, y justificar á Amelia ante su esposo, que hoy empieza á dudar de ella? pero ¿y si te engañases? ¿y si las palabras de Pedro encerrasen una verdad? ¿qué harías entónces? ¿qué partido adoptarías? ¿desgarrarías con una verdad horrible el corazon de ese hombre? ¿le mentirías á tu vez, contribuyendo al engaño de que le hiciera víctima, su esposa? Respóndeme á estas preguntas, porque yo, á la verdad, no sé resolver.

¡Oh! si al menos estuviéramos juntos, si ya que la suerte nos ha obligado á abandonar nuestro hogar, como dos pobres aves á quien la tempestad arroja de su nido, viviéramos al menos en la misma ciudad, respirásemos las mismas brisas, pisáramos el mismo suelo, entonces no seríamos tan desgraciados, pues nos ayudaríamos y nos sostendríamos mutuamente.

Yo te daría mis consejos para vivir en un mundo que no conoces, y el que en tu inocencia ves bajo un prisma muy diferente; y tú, María, deramarías con tu ternura algunas flores en la solitaria senda de mi vida. Tambien entre ambos podíamos hacer algun bien: por ejemplo, tú prestarías á Angelina, á esta niña impotente y desgraciada, á quien empiezo á amar como se ama al pajarillo que recibe el alimento de nuestra mano, como se ama al débil arbusto que defendemos de la tempestad, entre los cristales de nuestra ventana.

¡Oh, si vieras! ya me conoce: no tengo duda de ello; sus grandes ojos se fijan en mí con insistencia, y yo adivino la expresion de la vida que renace á través de su triste mirada.

Un pensamiento que se agita, un alma que se extremece, algo que yo no sé definir, se refleja en aquellas pupilas azules como el cielo, y en aquella frente de azucena.

Dos ó tres mañanas he salido muy temprano,

para ir á comprar flores á Angelina; la he traído un hermoso ramo, y he esperado en el jardín á que se abra la puerta de su departamento, que por alejarla del resto de la casa está situado allí.

El primer día que esto sucedió, Susana me miró con asombro y casi con terror, pensando que las flores estaban cortadas allí; pero cuando la aseguré de lo contrario, me dió las gracias con una sonrisa, y una lágrima de gratitud rodó por sus mejillas.

En seguida fué por Angelina y la trajo junto á mí. Leon, su perro, la seguía. Este noble animal pertenecía á la madre de Angelina, y jamás se separa de ésta desde que aquella murió.

Me acerqué á Susana, presenté el ramo á la niña y acaricié al perro, que me devolvió las caricias con muestras de viva alegría.

Angelina tendió ambas manos á las flores y las cogió con afán. Nunca había visto tantas reunidas, y parecía que se admiraba de tenerlas á su disposición.

Quería cogerlas todas, pero parecía detenerla una especie de temor.

Cuando se convenció de que nadie la reñía, las agarró con fuerza y las oprimió contra su pecho: despues las presentó á Leon, cuya cabeza atrajo hácia sí, y batió las palmas con inocente gozo.

—Oh! Leon es su único amigo, dijo Susana; solo él y yo la acariciamos; solo él y yo cedemos á sus caprichos: las demás personas la inspiran un marcado temor.

—Pero ¿no habla, no pronuncia ninguna frase? pregunté á su nodriza.

—No, señor, respondió tristemente; desde el día en que su madre murió, su acento se extinguió y su razon parece que quedó petrificada.

—¿Cuando murió su madre! luego antes... insistí anhelando saber aquella historia.

—Antes estaba pálida, entristecida; decían que había heredado de su pobre madre una terrible afección nerviosa; pero hablaba y manifestaba mucha inteligencia; respondió Susana.

—¡Ah! exclamé, ¿y luego?

—Luego, señor, contestó aquella mujer casi con las lágrimas en los ojos; luego fué una cosa bien cruel lo que pasó; la señora llevaba muchos días de estar enferma, no querían que entrase nadie á verla, ¡nadie! pero yo dormía con Angelina muy cerca de su alcoba, y algunas veces podía penetrar en ella y prestarla consuelos; decían que deliraba, que no conocía á nadie las personas; pero no era verdad, pues siempre que yo estaba á su lado me hablaba muy en su juicio, y me suplicaba que velase por la niña, tendiéndome las manos y llorando mucho.

Susana, á su vez, derramaba lágrimas muy contenidas, evocadas por estos recuerdos, y miraba en torno de vez en cuando, temerosa de que alguien sorprendiera nuestra conversacion.

Yo no me atrevía á interrogarla á pesar del interés que me inspiraba su relato, hasta que ella continuó:

—Un día me hallaba con la niña en el cuarto de su madre, cuando entraron la señorita Valeria y su padre tambien; me hicieron salir, pero Angelina se quedó allí, porque se abrazó llorando del cuello de su madre y ésta no quiso soltarla. Yo no sé lo que pasó; pero desde mi estancia oí gemidos y súplicas por una parte, y palabras duras por otra. De pronto la puerta se abrió y empezaron á pedir socorro, porque la enferma se había empeorado; yo fui la primera en entrar y jamás olvidaré el espectáculo que se ofreció á mi vista. La señora estaba tendida en su lecho pálida, desfigurada, muerta! la niña abrazada aun de su madre, tan descolorida como ella, sin llorar ni exhalar un grito, pero sus ojos estaban extraviados y su boca contraída no hablaba, no podía hacerlo, y sus labios estaban cubiertos de espuma. En la confusión general que produjo la muerte de la señora ninguno se cuidó de Angelina. La señorita Valeria se encerró en su cuarto, el amo en su despacho, y yo sola quedé con la pobre niña, que á cada instante se accidentaba en mis brazos.

Desde entonces está así: todos la inspiran terror: no anda, no conoce á nadie; solo á mi lado está tranquila; por eso me han dejado con ella, porque yo no hablo, no pregunto.... obedezco en todo á la señorita, y hasta alguna vez finjo tratar con dureza á Angelina, para que no me separen de ella, porque ¡ay de mí! ¿qué sería de esta triste criatura si yo me alejase de su lado? su hermana no la ama, su padre no se cuida de ella: solo me tiene á mí en el mundo, y aunque nada puedo hacer en su favor, al menos la quiero mucho, y mis caricias y mis cuidados es lo único que la queda.

Susana calló, y estrechó á la niña contra su seno con sin igual ternura. Angelina sonrió, pero de un modo tan melancólico que me arrancó un suspiro.

Y sin embargo, nunca había sido mas feliz, segun la expresión de su nodriza, que la miraba encantada. Las flores que tenía exparcidas sobre la falda, y á las cuales no se cansaba de mirar, parecían alegrarla mucho.

Cuando sonó la hora de mi trabajo me despedí de Susana y besé la frente de Angelina, sin que ésta hiciera movimiento alguno para evitarlo.

Valeria no había bajado al jardín; sus balco-

nes no se habian abierto todavia, y esto nos dió mas tiempo para hablar: si nó, es muy cierto que Susana se hubiese alejado porque tiene miedo a esa jóven.

Dos mañanas he bajado á llevar mi ramo á Angelina, y á la tercera he notado que el semblante de esta pobre niña se ha iluminado con un rayo de gozo, y me ha tendido la mano. ¡Oh! no hay duda que ya me conoce: no hay duda que mi presencia la alegra.

Esta mañana he notado que las cortinas de encaje del cuarto de Valeria se movian imperceptiblemente, como plegadas por una mano cuidada. ¿Nos estaria observando? no sé; pero algo debe haber notado de mis paseos matinales, porque hoy D. Félix me ha dirigido la palabra dos ó tres veces, preguntándome por mi familia, y tratando acaso de adivinar el pasado. Además, me ha insinuado, aunque de una manera vaga, que su hija recibe á algunos amigos de confianza dos ó tres veces por semana, y que se alegraría de verme entre ellos, haciendo una escepcion entre los demás dependientes de la casa.

—V. es muy diferente de los otros, me ha dicho; exacto y entendido en el cumplimiento de su deber, bien merece alguna distincion de nuestra parte.

Yo me he inclinado en silencio, y él, despues de encargarme un trabajo mas delicado, se ha despedido de mí, diciéndome:

—Hasta la noche.

Te confieso, hermana mia, que no sé qué hacer; giré á esas reuniones, en las cuales acaso voy á hacer un papel bien triste? me negaré á aceptar esta especie de invitacion, con la cual me distingue de un modo tan especial? no sé; mañana te escribiré y te lo contaré todo. Entretanto, adios, mi dulce hermana: adios, mi buena María, y no te olvides de confiarle tus pensamientos á tu hermano—*Fabian*.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

FLORES QUE CAEN.

En el jardin en profusion oscilan
Con dulce encanto sus corolas vagas
En la mañana las doradas flores
Á los besos purísimos del aura.

Llega la tarde: los matices claros
El viento seco y estival empaña,
Y van cayendo las tempranas hojas
Como lluvia de bellas esmeraldas.

De su verde corona desprendidas
Á los destellos de abrasada llama,
¡Van cayendo tambien hácia la tierra
Las dulces flores del rosal del alma!

José Augusto Muñoz.

¡LADRON!!

Un mes, poco mas ó menos, hacia que la muerte de mi padre nos habia dejado huérfanos, cuando el antiguo notario de mi familia entró una mañana en el salon.

Se inclinó profundamente ante mi hermana, y despues de haber estrechado cordialmente la mano que yo le tendia, dijo:

—Mr. Gontran: vengo á anunciaros que todo está terminado; la liquidacion está hecha; he encontrado comprador para la casa, y estoy dispuesto, si lo deseais, á enteraros de las condiciones....

—Es inútil, repuse vivamente; os he dado plenitud de poderes y solo una cosa deseo saber.... ¿Las deudas de mi padre?....

—Están íntegramente pagadas; pero, repuso el anciano.... os queda casi nada.... mil cuatrocientos francos apenas....

No pude contener un movimiento de estupor.

—Ah! replicó el notario; si hubiéseis querido escucharme.... Habia entre todas estas deudas bastantes sumas de las que acaso hubiese podido rebajarse la mitad.... Vuestro honrado y sentido padre, era—sin que esto sea ofenderle—algun tanto pródigo....

—No es á mí, no es á su hijo á quien toca juzgarle; lo hecho bien está y nada que reprocharle tengo.... Una pregunta, querido notario, ¿cuándo podeis poner á mi disposicion esos mil cuatrocientos francos?

—Mañana, si lo deseais.... solo falta vuestra firma.

El anciano se levantó, saludó y se dirigió hácia la puerta.

Allí me dijo conmovido:

—Mr. Gontran, os conozco desde niño; permitid á aquel á quien vuestro padre trataba como amigo, que os pregunte lo que pensais hacer.

Le cogí la mano é indicándole con la vista á mi hermana, le respondí:

—Probar con mi trabajo á ganar mi sustento y el suyo.

Algunos dias despues partíamos para Paris.

No es mi ánimo disimular el terrible efecto que aquel rudo golpe me habia causado. Aquella ruina tan completa me llenó de consternacion.

No pensaba yo en mí; un hombre puede siempre salir adelante; así al menos lo creía entonces; pero á los treinta y cuatro años me encontraba ya cabeza de familia: tenía á mi cargo un deber de conciencia. ¿Qué iba yo á hacer para procurar á mi hermana, á una niña de diez y siete años, delicada y enfermiza, todos los cuidados de que tenía tanta necesidad? Ante este problema aterrador me sentí por un momento desmayar; pero perteneciendo á una raza en la que el desaliento dura poco, pronto me repuse y resolví con mi valor, mi energía y mi voluntad, que hacia indomable mi cariño por Emelina, luchar y luchar incesantemente hasta conseguir la victoria.

En una palabra, era joven, tenía una salud de hierro, era abogado, llevaba un nombre ilustre y estaba relacionado; en verdad, con tales cartas en mi juego, no podía menos de ganar la partida....

Partida bastante insignificante, puesto que á pesar de las esperanzas y de los sueños que mi imaginación acariciaba, allá en mi interior pensaba me daría por satisfecho con un modesto empleo que me permitiese ver á mi hermana dichosa y alegre.

Comprendo todas las afecciones; pero hay dos que me parecen superiores á las demás, y son las que inspiran la madre y la hermana. Llevan en sí un sentimiento tan dulce, tan tierno, que nos conmueve, se infiltra en nuestro ser, y nos dá á veces fuerzas para acometer ciertas acciones ante las cuales retrocederíamos si no se tratase de ellas.

Los primeros días de nuestra llegada fueron encantadores. Lo importante era encontrar un nido bien ventilado ó lo mas cómodo posible para procurar fuese á mi hermana menos sensible la trasmisión del aire del campo al aire de la gran ciudad.

De aquí, carreras, excursiones, paseos por los barrios excéntricos, puesto que no había que pensar en el centro de París; en fin, después de ocho largos días de ascensiones y de investigaciones, encontré una modesta habitación en la calle de Vaugirard.

Un cuarto piso, es verdad, pero cuyas ventanas daban sobre jardines magníficos... Era pues, cuanto yo deseaba, y á la mañana siguiente estábamos ya instalados.

Pagados los muebles y el arrendamiento de un mes, solo nos quedaban quinientos y pico de francos...

Era poco; pero á mi parecer lo bastante para vivir mientras yo en encontraba ocupación.

Al día siguiente, después de haber hecho una

lista de mis antiguas relaciones, partí con el corazón ardiente y la cabeza llena de proyectos para el porvenir.

—Y bien, me preguntó Emelina cuando regresé, ¿has conseguido algo?

—Ah! respondí esforzándome por sonreír; conseguido no, eso hubiese sido demasiada fortuna; pero he sido recibido admirablemente y han prometido ocuparse de mí....

—Qué dicha! exclamó mi hermana.

Comí de prisa pretestando cansancio, y entré en mi pequeña habitación.

Una vez solo, me dejé caer en una silla y reflexioné. En verdad yo no había mentido al decir á mi hermana que había sido bien recibido y que se iban á ocupar de mí....

Los antiguos amigos de mi padre, los conocidos á quienes había visitado, me habían manifestado su simpatía, al saber mi ruina, con sentidas frases.... pero un sentimiento interior me decía que no debía contar con ellos.

No era yo, sin embargo, de esos hombres á quienes un revés de la fortuna pudiese arrear, y al día siguiente salía de nuevo y volvía con las mismas respuestas que pudieran llamarse estereotipadas.

Pero no es mi intención haceros subir paso á paso este calvario.... que es por lo demás la común historia de todo el que necesita alguna cosa. Se promete y.... se olvida.

Debo confesar, sin embargo, que ninguna de las personas á quienes hice mi visita, se olvidó de convidarme á comer.... Un sitio en su mesa era todo lo que se les ocurría ofrecerme.

Hacia ya algo mas de dos meses que estábamos en París, cuando advertí una mañana que no me quedaba mas que un luis!...

Un luis!....

Es decir, en perspectiva, la pronta, la inmediata miseria; la mas terrible de todas, la que se oculta y disimula.

Era necesario, pues, dejar los sueños y abordar de frente la realidad.

El invierno llegaba; sobre las mejillas de mi hermana se extendía una mórbida palidez que me horrorizaba; algunas veces había oído desde mi cuarto, una tos seca que me destrozaba el corazón. Y además, á pesar del cuidado que tenía en ocultármelo.... Emelina estaba inquieta.

¡Quince días pasaron! Durante ellos, Dios solo es testigo de los infinitos sonrojos que sufrí... Y si hubiese sido yo solo el que sufría.... menos malo! pero, tuve necesidad de decir á mi hermana, dónde habían ido á parar mi reloj, mi cadena, mis alhajas, hasta mi guardaropa....

La pobre niña se esforzó por sonreír, pero su sonrisa se fundió en un sollozo.

¡Y no poder hacer nada, nada! todo lo había intentado, lo había ensayado todo, desde las oficinas de colocaciones hasta los pequeños anuncios!....

Á la vista de mi hermana, pálida y enferma, que tenía necesidad de alimentos delicados, y á quien solo podía ofrecer algunos platos groseros, sentía romperse mi corazón de angustia, por el convencimiento de mi impotencia.

Me quedaba, sin embargo, una última esperanza, cuando los desengaños y decepciones llegaron á ser para mí cotidianos; había escrito á mi viejo notario, pidiéndole alguna recomendación para algún fiscal ó algún abogado.

Á vuelta de correo, recibí una soberbia misiva, adornada con su timbre, y dirigida á M. B., abogado.

La carta debía estar energicamente escrita, porque este señor no me recibió como les demás, y me dijo en un tono que daba lugar á la esperanza: «Dentro de dos ó tres días os escribiré, y os prometo daros una ocupación.»

En la mañana del tercer día, había decidido á Emelina á salir un rato, y después de un corto paseo, íbamos á entrar en casa; cuando de repente mi hermana se detuvo ante el aparador de una repostería....

Nada dijo la pobre niña; pero su mirada se fijó con insistencia en un ave trinchada, que uno de los dependientes acababa de exponer tras de los cristales....

Aquella mirada, demasiado elocuente por desgracia, me hizo daño.

Al volver á casa, encontré una carta de M. B., lacónica, pero sumamente política, en la que excusándose de la irregularidad de la forma de su invitación, me decía que se consideraría muy dichoso, en recibirme á comer aquella misma tarde....

(Concluirá).

A. Ruano.

VARIETADES.

Una mujer se acusaba cierto día de hallarse demasiado inclinada á la maledicencia. El piadoso confesor la preguntó:

—Y esa falta ¿es habitual en V?

—¡Ay, sí!

—¿Incorre V. en ella cada día?

—Cada día, y con frecuencia varias veces en un mismo día.

En presencia de una confesión tan sincera y tan pronta, San Felipe Neri (pues era él) comprendió que en el culpable hábito de aquella cristiana había mas atolon-

dramiento y ligereza que verdadera perversidad. Era menester, ante todo, ilustrarla acerca de la enormidad de las consecuencias producidas por el pecado que había llegado á hacersele familiar, y que ella cometía con tan deplorable facilidad. ¿Cómo lo hizo el Santo? La receta es buena; escuche y aprovechése de la lección, á ser preciso, el que esto lea.

—Hija mía, dijo el Santo á su penitente; su falta es grande, mayor quizá de lo que V. se figura; pero también es grande la misericordia de Dios: con la voluntad enérgica de corregirse, mediante la oración, no dudo que triunfe V. en breve de ese hábito pernicioso, y que tan arraigado parece. Por penitencia, hija mía, hé aquí lo que ha de ha de hacer V.: irá al mercado inmediato; comprará una gallina recién muerta y cubierta todavía de sus plumas; enseguida se encaminará V. hacia las afueras de la capital, hasta un punto determinado, dando varios rodeos, y desplumando la gallina, que llevará en sus manos mientras dure el paseo que le impongo. Acabada la carrera, desplumada enteramente la gallina y lista para ponerla en el asador, volverá V. á verme para darme cuenta de su puntualidad en ejecutar mis órdenes, que le doy en nombre de Dios y como ministro suyo.

Imagínese el asombro de la mujer al oír ese lenguaje, para ella tan extraño, del santo religioso, incapaz seguramente de una broma, sobre todo, en el ejercicio de su santo ministerio.

—Obedeceré, padre mio, dijo humildemente á pesar de las objeciones que surgían en su espíritu.

Al punto se dirigió al mercado, poco distante de allí; compró una gallina, y al paso que iba caminando, fué desplumándola como se le había ordenado.

Arrancada la última pluma, volvió hacia su confesor con un apresuramiento no exento quizás de curiosidad.

—¡Ah! dijo el santo al volver á ver á su penitente; está bien: ha cumplido V. fielmente la primera parte de mi receta como médico de su alma; espero que sucederá otro tanto con la segunda, y entonces de seguro quedará V. curada. Vuelva á los lugares que ha recorrido, y pasando por el mismo camino, recoja una á una las plumas de gallina sembradas á su paso.

—¡Eso es imposible, padre mio, imposible! exclamó la pobre mujer en el colmo de la sorpresa. Dejé caer esas plumas al acaso, á lo largo del camino, y el viento ha debido llevárselas al punto en varias direcciones. ¿Cómo quiere V., padre mio, que yo pueda hallarlas de nuevo? Inútilmente perdería en ello días enteros.

—Pues bien, hija mía, repuso entonces el buen religioso, pues bien; las maledicencias, las calumnias son como esas plumas que rununcia V. á recoger, una vez que el viento las ha dispersado. Sus mortíferas y funestas palabras han caído en un número de oídos y corazones, muchos de ellos desconocidos para V. ¿Cuántos de sus oyentes no se habrán apresurado á esparcir las por todos lados! Recójalas ahora si puede.

—¡Ah, padre mio, cuán cierto es eso! dijo la penitente como alumbrada por una súbita luz: ¿cómo es que yo no había caído en ello? Ruegue V. á Dios por mí, á fin de que me corrija.

—Vaya V., hija mía, y no vuelva á pecar.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.